

MEMORIA

sobre la propagación sucesiva del género humano*

por el Abate Juan Ignacio Molina

Entre las fantásticas opiniones que, por deseo de singularizarse o de proponer cosas nuevas, se divulgan en nuestros días, no es la menos extraña aquélla que pone osadamente en duda, o simplemente niega, el origen y propagación del género humano desde las regiones orientales de nuestro globo hacia las occidentales. Para establecer esta aserción negativa, totalmente opuesta a la opinión común, fundada sobre el documento más antiguo y auténtico que tenemos sobre ramificación de nuestra especie, como es la historia de Moisés, se trata de prescindir del mismo, esto es, de no tomarlo en cuenta, como si en los hechos históricos fuese lícito prescindir o no prestar atención a las Memorias primitivas que los atestiguan, sin demostrar su falsedad con argumentos incontestables.

Una vez aceptada esta hipotética exclusión, el campo queda libre para que cada uno forme sistemas arbitrarios sobre la población de las diversas partes de la tierra. Sería asunto demasiado largo exponer todas las conjeturas que se han forjado hasta ahora acerca de este tema. Me limitaré, por lo tanto, a señalar las opiniones de dos respetables escritores italianos, coetáneos nuestros, que no se diferencian entre sí más que en algunos puntos que la dificultad de la materia o las constituciones de los países donde

*Memorie di Storia Naturale lette in Bologna nella Andunaze dell'Istituto dall'Abate Gioan Ignazio Molina Americano, Membro dell'Istituto Pontificio. Parte seconda. Bologna 1821, Tipografia Marsigli. (Memorias de Historia Natural, leídas en Bolonia, en las sesiones del Instituto por el Abate Juan Ignacio Molina, americano, miembro del Instituto Pontificio. Parte segunda. Bolonia, 1821. Tipografía Marsigli. pp. 170-194. Memoria xiii.

escribían los han obligado a modificar. Estos autores, pues, siguiendo las huellas de algunos filósofos ultramontanos, sostienen que los primitivos habitantes de Italia no llegaron de otros países extranjeros, sino que se originaron aquí, espontáneamente, brotando de la tierra misma a la manera de los hongos, o, para servirme de sus propias expresiones, como las encinas, que se propagan por sí mismas en los sitios adecuados para su crecimiento. Pero los botánicos instruidos se reirán de tal afirmación y harán notar hasta la evidencia que ni las encinas, ni otro vegetal alguno, brota y se propaga a no ser por medio de semillas precedentes, que pueden ser transportadas aun desde lejos por los pájaros, los vientos, las inundaciones o, finalmente, por las convulsiones de nuestro globo, que, como es sabido, fueron al comienzo más comunes y más violentas que al presente. Los hombres, por lo demás, a diferencia de las plantas tienen potencia locomotiva, gracias a la cual, sin la mediación de las causas señaladas más arriba, pueden trasladarse a donde quieran.

Para reafirmar más sólidamente su intento, estos autores se apoyan en tres razones que, bien consideradas, vacilan y caen por sí mismas. La primera se funda en el nombre de Aborígenes que llevaban los antiguos habitantes del Lacio. Pero, como cualquiera puede ver, ellos se servían de este nombre, porque, privados en aquellos tiempos del uso de la escritura, no tenían monumento alguno que indicase su origen o el tiempo de su establecimiento en estas regiones. Por el mismo motivo, los griegos, cuando aún eran salvajes e ignorantes, se creían autóctonos, esto es, indígenas, creados por la virtud prolífica de su propia tierra, o brotados de las piedras arrojadas tras de sí por Deucalión y su mujer.

La segunda razón, no menos frívola que la primera, consiste en la pretendida imposibilidad del trayecto que debían hacer los primeros colonos para trasladarse desde las llanuras de Asiria hasta Italia, a través de inmensos desiertos, anchísimos ríos y abruptísimas montañas. Estas dificultades se desvanecen enteramente en la opinión de aquéllos que saben, por las historias antiguas, que todos los hombres fueron primero cazadores errantes, sin habitación fija, preocupados sólo de buscar, adentrándose en ellos, los lugares más abundantes en animales salvajes, de los que dependía totalmente su subsistencia, ya que entonces no tenían ni la más

mínima idea de las ventajas que procura la agricultura. De este modo, avanzando siempre con sus familias, recorrían paulatinamente vastísimos parajes de la región, sin dejarse asustar por la aspereza de los montes, que, como cazadores, sobrepasaban gustosos, o por la profundidad de los ríos, que trataban de cruzar cerca de sus fuentes, o de superar por medio de balsas, que, según la oportunidad, construían sin mayor dificultad.

Sucedía bastante a menudo que otras hordas de salvajes, cazadores también, empujaban siempre hacia adelante a las que comenzaban a establecerse en un lugar para gozar a solas y sin rivales del producto de los bosques. Ejemplos de estas migraciones, tanto voluntarias como forzadas, se encuentran con frecuencia en América septentrional, donde aquellas hordas que viven ordinariamente de los productos de la caza se desplazan mutuamente, de modo que las más meridionales se ven hoy día establecidas hacia el septentrión, en regiones que distan mil o más millas de su primera residencia.

Y en forma no diversa, los pueblos que hoy llamamos italianos, impulsados por la falta de víveres o por otras tribus más guerreras, y no oponiéndose a su avance ni mares ni ríos impracticables, llegaron en pequeñas jornadas, desde las regiones orientales, a ocupar la bella Península que posteriormente, a causa de los fuegos subterráneos que la dominan, fue llamada por los aventureros griegos *Aitalia* o *Italia*, es decir, *Abrasada*. Ahí, alentados no menos por la benignidad del clima que por la fertilidad del terreno, sin ser perturbados, además, por las otras tribus, que se habían esparcido por Hungría, Alemania y Francia, y habiéndose hecho, con el andar del tiempo, más fuertes y numerosos, bajo las águilas romanas, hicieron glorioso su nombre en todo el hemisferio conocido en aquella época.

La tercera razón, sobre la que insisten más francamente los favorecedores de la opinión opuesta, ha sido sacada de la diversidad de las fisonomías o compleciones y del colorido o carnación de los diferentes pueblos de la tierra. Las fisonomías, sin embargo, son tan variables, aun en una misma región, que, incluso, los hermanos uterinos se diferencian muy a menudo entre sí en los rasgos del rostro. La carnación, además, o sea el color, dígame lo que se diga en contrario, depende de la mayor o menor desvia-

ción de los rayos solares y de la calidad de los terrenos. Así, África, expuesta de continuo entre los dos trópicos al ardor directo del sol, reforzado por el reverbero de las arenas estériles que la recubren casi totalmente, y desprovista en su mayor parte de ríos y bosques que moderen su fuerza, no está habitada más que por razas de hombres de color negro intenso, del que participan hasta sus animales domésticos, especialmente los volátiles, cuya carne y huesos son igualmente negros.

La acción de esta causa no comienza a manifestarse en los individuos que están expuestos a ella sino algún tiempo después de su nacimiento, esto es, después de haber recibido su inmediata impresión. Los hijos de los moros y los pollos nacen blancos del todo. Gradualmente, con el correr de la edad, este color termina por desaparecer totalmente. La gran influencia del calor solar, como hemos dicho, domina sólo dentro de la zona tórrida. Los africanos nacidos más acá o más allá de los trópicos, como los habitantes de la Barbaria y los de las cercanías del Cabo de Buena Esperanza, ya no son negros, sino más o menos oscuros, morenos, según su distancia al astro colorante. En América, en cambio, aunque está situada en gran parte bajo los mismos paralelos en los que África es atormentada por calores insufribles, no se han encontrado moros o negros de ninguna clase. Los habitantes nativos son todos de un color rojo sanguíneo, que fácilmente pasa al rojo encarnado. Por eso en las constituciones políticas de los Estados Unidos son llamados hermanos rojos. La notable diferencia que existe entre los climas ecuatoriales de África y América no proviene más que de la constitución física de los respectivos terrenos. África, como hemos señalado más arriba, posee escasa humedad. América, en cambio, tiene gran abundancia de ella. La vasta cadena de los Andes que la atraviesa de sur a norte, cubierta de nieve eterna, envía desde todas sus laderas copiosísimos ríos, que son considerados los más grandes del Universo. Los efluvios de estas nieves y aguas modifican de tal manera el calor de la atmósfera que apenas le queda el vigor necesario para producir la soberbia vegetación que allí se observa.

Puesto que los fundamentos alegados más arriba en confirmación de la generación equívoca de los individuos de la estirpe humana parecen no tener en sí una gran fuerza, los sostenedores de la misma han creído, en vano, obtener un argumento irrefragable en favor

basándose en la población de América, que, por estar separada del viejo continente por el vasto Océano, no puede de ninguna manera, en opinión de ellos, haber recibido desde las regiones orientales a los primeros colonos, totalmente desprovistos, como debían estarlo, del arte de la navegación. Muchos autores célebres, después del descubrimiento de aquella gran porción de nuestro globo, han intentado resolver este problema o explicar de qué manera los hombres pudieron llegar o ser transportados hasta allí. Algunos los han hecho pasar a través de la fabulosa Atlántida de Platón, considerándola como parte vecina o integrante de América. Otros los han creído originarios de fenicios y cartagineses impulsados hasta allá por la violencia de las borrascas. Otros, finalmente, han pretendido que provienen de las diez tribus de Israel arrojadas de su país y diseminadas por el oriente por Salamanasar, rey de los asirios. Pero esta opinión, sostenida con gran empeño por Adair y otros, tiene en su contra el testimonio uniforme de aquéllos que han observado de cerca las costumbres de las tribus americanas; afirman ellos que nunca han encontrado entre éstas indicio o noticia alguna de la circuncisión, rito característico de los hebreos, siempre mantenido, aun en medio de las más variadas calamidades.

Otros escritores más instruidos, no dándose por satisfechos con estos vagos sistemas, se habían puesto a conjeturar que Asia y América debían haber estado juntas hacia el septentrión, o al menos sólo separadas por un angosto estrecho, por el que las tribus asiáticas hubieran podido trasladarse, en balsas o a través del hielo, a las opuestas riberas americanas menos sujetas, por ser occidentales, a los rigores del noreste. Esta conjetura se ha visto plenamente confirmada en nuestros días. El célebre navegante Cook descubrió, a comienzos de 1779, este presunto estrecho siguiendo los indicios del infortunado Behring. Se encuentra entre los grados 65 y 66 de latitud septentrional, entre el cabo más oriental de Asia y el Cabo Príncipe de Gales, situado en la costa occidental de América, casi en los alrededores del círculo polar ártico. La distancia entre uno y otro cabo es apenas de trece leguas inglesas, de modo que en el medio se ven ambas costas. Cook, habiendo observado la uniformidad de los respectivos litorales y la poca profundidad del mar intermedio, creyó, con razón, que los dos continentes estuvieron unidos ahí y que posteriormente fueron separados por alguna violenta

irrupción del Océano. La elevada posición geográfica de este canal hace, sí, que la mayor parte del año se encuentre cubierto por un hielo durísimo y muy grueso; por esto, desde tiempo inmemorial proporciona un paso fácil y seguro a los habitantes de una y otra orilla. Así América comenzó a ser conocida y habitada quizás al cabo de un siglo, o poco después, de la catástrofe del diluvio, ya sea el de Noé o uno parcial, del que ahí se conserva indeleble memoria.

Yo, sin embargo, estoy persuadido de que aquel vasto continente, llamado impropriamente Nuevo Mundo, ha sido poblado en diversas oleadas y por varias naciones por tres partes diferentes. La primera es el estrecho ya mencionado descubierto por Cook. Los *tchuski*, que ocupan justamente el promontorio más oriental de Asia, fueron probablemente los primeros que cruzaron el canal cercano y se extendieron por las costas occidentales de América en busca de la caza, que ahí es abundante; al hallar un clima más benigno que el propio, se establecieron ahí. Su ejemplo fue seguido poco a poco por varias hordas de las numerosas tribus que, con diversas lenguas y costumbres, vagan por los desiertos de la Tartaria china. Estas hordas, extendiéndose hasta el Golfo de México, se adueñaron gradualmente de las regiones más pobladas de América boreal, especialmente de aquellas que al presente gozan de una paz envidiable bajo el benigno dominio de los Estados Unidos. Algunos siglos después, los mexicanos, procedentes sin duda de una nación más culta, llegaron por el mismo camino. Estos, después de haber rechazado a los bárbaros que allí vivían, se extendieron hasta el Istmo de Panamá y en aquellas fértiles regiones fundaron el gran imperio electivo de México, que posteriormente, en el año 1521, por un mal gobierno del penúltimo emperador fue derribado por los españoles. Las grandiosas ruinas que restan de sus edificios, los jardines cultivados por los particulares y su capital, construida como Venecia, casi en el centro de un gran lago salado de más de cincuenta millas de circunferencia, con tres calles de comunicación que conducen a la campiña adyacente, y provistas en los lados de acueductos de agua dulce para aprovisionar a la ciudad, dan una gran idea de su inteligencia en las artes mecánicas. Sus códices escritos con caracteres jeroglíficos y su calendario perpetuo, explicado por el docto americano Clavijero y por nuestro erudito colega Mez-

zafonti, demuestran que en ningún caso ignoraban las ciencias útiles.

El mismo estrecho de Cook, sin duda, ya en tiempos anteriores, había facilitado el paso de los cuadrúpedos salvajes que se encuentran en América. En su mayor parte, éstos son del mismo género de aquellos que se encuentran en los bosques de Europa. Pero en las regiones cálidas o templadas de la misma América, se encuentran también los así llamados tigres o leones, de especies muy diferentes de las que viven en los áridos desiertos de Asia y Africa; por este motivo, los discípulos de Linneo las diferencian con los nombres específicos de felis *onca* y de felis *puma*. Por eso, yo creo que provienen de aquellas panteras y leones sin melena que se capturaban para los espectáculos romanos en Armenia e Hircania, provincias sujetas en tiempo de invierno a las nieves y al frío. Perseguidos entonces por los cazadores, se retiraron hacia el septentrión y, habiendo encontrado paso libre por el estrecho helado, sin mucha incomodidad se adentraron por las regiones menos frías del Nuevo Continente.

El trayecto de estas bestias no pudo hacerse de ninguna manera por el agua, como cualquiera puede ver, y mucho menos por industria y ministerio de los hombres, lo que sería imaginarse un gran absurdo; tuvo que hacerse únicamente por la vía señalada, esto es, por el hielo. Una prueba evidente de esto es el ver que, habiéndose esparcido por todo el continente, no han pretendido jamás trasladarse a las numerosas islas del Golfo de México, en las que hasta ahora no se ha visto a ninguno de ellos, aunque varias de estas islas están muy poco alejadas de la tierra firme; pero los canales que las separan, dada su posición geográfica, no se han helado nunca. Las ovejas, las cabras, los vacunos, los asnos y caballos domésticos, por ser originarios de las provincias meridionales más templadas del Asia, no se encontraban en aquella época en la Tartaria septentrional, donde ni siquiera ahora pueden permanecer; por este motivo no tuvieron ni la ocasión ni el deseo de emigrar y adentrarse, junto con los animales salvajes, por el estrecho de Cook en el Nuevo Continente. Como todos saben, ellos fueron transportados por mar en el siglo xvi por los conquistadores europeos, los que con este inestimable beneficio han compensado en cierto modo los enormes es-

tragos que muchos de ellos, por su insaciable codicia de metales preciosos, en los que desafortunadamente sobreabunda aquella vasta parte de nuestro globo, hicieron a los inocentes nativos.

Los animales salvajes se multiplican mejor en América Septentrional, especialmente en las vecindades del antedicho estrecho, que les facilitó el paso. Los ingleses, los rusos y los osados habitantes de Estados Unidos hacen anualmente una abundantísima caza de ellos para aprovisionarse con sus pieles que exportan con gran provecho a Europa y China. Los animales domésticos, por el contrario, se propagaron con notable exceso en América Austral. Paraguay, Tucumán y Chile poseen manadas numerosísimas de ellos; pero, más que todos estos países, la Patagonia, en sus inmensos campos, alberga grupos numerosísimos que ahora se han vuelto salvajes y de los que al presente no se saca otro provecho que el de las pieles, que se envían a Europa.

Por otra parte, los primitivos habitantes racionales de América Meridional, de índole mucho más tranquila y menos supersticiosa que los septentrionales, en cuanto yo puedo opinar, parece que no han tenido origen en las razas tártaras antedichas y que no llegaron a América por el estrecho de Cook. Ellos, generalmente, se dicen originarios del Occidente. La India oriental, justamente, está situada al Poniente de ellos. Muchas de las costumbres de peruanos y chilenos, que son los pueblos más cultos de esta parte del Nuevo Continente, comprueban esta descendencia. Después del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza y del Estrecho de Magallanes, al cruzar los europeos el inmenso mar Pacífico, o sea del Sur, encontraron, y van encontrando cada día, un número increíble de islas, formadas en su mayor parte por pólipos coralinos, que distan poco unas de otras y se prolongan hasta las costas occidentales de América. Entre estas islas se ven los vestigos de varias más, habitables en otros tiempos, y ahora sumergidas por los volcanes, que son comunes allí, o por los embates del Océano. A través de este grupo de islas, varias tribus indias, expulsadas por guerras intestinas o deseosas de establecerse mejor, arribaron, ya a nado, ya en pequeñas embarcaciones, al litoral de América aún deshabitada. Propagándose rápidamente desde ahí, gracias a la bondad y fertilidad

del clima, se esparcieron gradualmente por la vasta provincia donde, según su mayor o menor industria, fundaron ya diversas sociedades que se volvieron salvajes, como son las del Brasil, del Amazonas y de Paraguay, ya vastos imperios, como el de Bogotá, que duró tan poco, o el del Perú, que bajo el paternal gobierno de sus soberanos llamados Incas, se extendió desde el Ecuador hasta el Trópico de Capricornio, y se conservó por espacio de más de cuatrocientos años, hasta que por la discordia de dos hermanos que aspiraban al trono, cayó bajo el dominio español. Las instituciones políticas y económicas de este famoso imperio, así como los progresos que sus súbditos habían alcanzado en las ciencias y en las artes, han sido expuestos y alabados por muchos autores, especialmente por el célebre Presidente Carli en sus eruditas Cartas Americanas.

Los chilenos o chilenos, como son llamados ahora por los modernos, ocuparon aquella parte de la región que, entre el Océano Pacífico y las cordilleras se prolonga desde el Trópico de Capricornio hasta el grado 45 de latitud austral. Extraordinariamente amantes de su libertad, establecieron allí varias repúblicas, con éxito diverso; en la actualidad sus descendientes promueven con sumo ardor los progresos de la Independencia Americana. Entre estas repúblicas se ha destacado siempre la de los araucanos, que, hasta el día de hoy ha opuesto siempre un dique insalvable a las conquistas españolas.

La época de la emigración de peruanos y chilenos desde la India parece bastante posterior a aquélla en que emigraron otras naciones bárbaras, provenientes de la misma región, las que aún ocupan gran parte de América Austral. Yo creo que esta emigración es contemporánea o un poco posterior a la excursión de Alejandro hasta la desembocadura del Indo. Los remotos conocimientos de los chilenos, para no hablar de los peruanos, en el arte del tejido, del teñido, de la fusión de los metales, en el cultivo de las plantas gramíneas, que utilizaban en su pan fermentado con levadura, en la táctica militar, en la hidráulica, en la astronomía, en el juego del ajedrez, de las tablas y de la bola; y, sobre todo, la estructura de su lengua, que dispone de duales, aoristos, participios para todos los tiempos, de todo tipo de composición y, lo que es más admirable,

de gran cantidad de vocablos netamente griegos y con la misma significación, no dejan duda alguna sobre su origen greco-indio. Carecían, es verdad, de toda clase de escritura, pero según Megastene, en aquella época ni siquiera los indios conocían el uso de los caracteres alfabéticos, que aprenderían posteriormente de los fenicios o hebreos, transformándolos a su manera.

Al tiempo del establecimiento de estas colonias asiáticas en América, o poco después, el noroeste de Europa contribuyó también a formar su población mucho antes del descubrimiento de Colón. Los noruegos, constreñidos por la esterilidad de su país, se habían dedicado, hacía tiempo ya, a recorrer el mar para procurarse el sustento, sea con la piratería, en la que eran famosos, sea con la pesca de la ballena, en cuya persecución descubrieron las costas del Labrador y Groenlandia, donde dejaron colonias. Los descendientes de éstas ocuparon paulatinamente las partes más septentrionales de América, semejantes por su rigurosa temperatura a su patria de origen, hasta el estrecho descubierto por Cook, quien observó sus peculiaridades y costumbres, muy diversas de las de los otros americanos. En efecto, entre otras diferencias de menor relieve y contra el uso general de los demás, ellos se enorgullecen de tener la barba larga y tupida; por otra parte su lengua tiene mucha afinidad con la de lapones y noruegos.

En siglos muy posteriores a la época del establecimiento de los primeros forasteros en América, la Polinesia, en el Océano Pacífico, fue ocupada enteramente por una numerosa nación proveniente, según parece, de las regiones meridionales de Asia. Dividida en varias tribus, se extendió por Nueva Zelandia, por los archipiélagos de los Amigos de la Sociedad y de Sandwich y por otras islas diseminadas en aquel mar. La fisonomía, la índole y la lengua de todas estas tribus tienen gran analogía con las de los *malesios*, que viven en las penínsulas e islas de la India Oriental. Parece un problema insoluble, según Cook, explicar cómo ha sucedido esto, dada la inmensa distancia que hay entre estos archipiélagos y la poca o ninguna práctica de esta gente en la navegación de largo curso. Sin embargo, es indudable que una misma lengua y, en consecuencia, una misma población, ocupa islas situadas a 1.600 leguas de distancia de Este a Oeste, y a 1.200 de Norte a Sur.

De todo lo que hasta aquí hemos expuesto, se ve que el género humano, originario de una sola stirpe, pudo propagarse fácilmente, no sólo en el viejo continente, cuyas partes están todas unidas, sino también en el nuevo, a despecho de su aislamiento, sin el concurso de grandes naves, por las tres vías practicables arriba señaladas: esto es, por el Noreste y Sureste de Asia y por el Noroeste de Europa.

(Traducción directa del italiano por Felipe Alliende)

